

los consejos de la prudencia, me disponia á perseguirles en su retirada, cuando el espía que habia preparado el golpe que acabábamos de dar, me dijo que el enemigo contaba con mas caballería, y que podríamos comprar caro nuestro arrojo. En aquel mismo momento oimos sonar los clarines, y el espía volvió á decirme que le permitiese ir á saber qué hacian los moriscos. Entre tanto vieron mis soldados que el número de los que habia muertos en el campo ascendia á veinte y cinco; se apoderaron de trece caballos que habian quedado sin ginetes; colocaron sobre ellos á nuestros heridos y volvimos á ocupar el monte. Una hora despues vino el hombre que habia ido á espiar al enemigo á decirme que los moriscos se habian puesto en marcha, pero que en vez de avanzar retrocedian por el mismo camino á las montañas de Espadan.»

El duque oyó con muestras de satisfaccion y de alegría el relato que el caballero desconocido habia hecho de su encuentro con el enemigo. Los jurados por su parte le habian rodeado, y á cada palabra del desconocido habian trocado miradas de grata sorpresa. Uno de ellos, no pudiendo contenerse, exclamó: «Hé aqui un valiente que nos ha enseñado el camino que en tales circunstancias debe seguirse.»

—Mucho sentimos, dijo el duque, no saber vuestro nombre para daros á conocer al pueblo.

—Mi nombre, exclamó el desconocido con acento lleno de profunda melancolía, no debe importar nada el saberlo. Noble soy, y hechos gloriosos honran la memoria de mis ascendientes.»

El duque miró al desconocido como si hubiese querido reconocerle al través de la celada.

«Hubo un tiempo en que la idea de la gloria halagaba mi alma, y me impulsaba á las mas difíciles empresas; época feliz aquella! Hoy la desgracia y la fatalidad pesan sobre mí.»

Los jurados, lo mismo que el duque, miraron al desconocido con nuevo asombro.

«Vuestra conducta, caballero, dijo el duque despues de un

momento de pausa, es bien incomprensible; sin embargo, yo la respeto.»

En aquel mismo instante el pueblo comenzó á dar gritos de impaciencia al ver que se retardaba la hora de marchar.

«¿Ois, señores?» dijo el duque.

—Es preciso montar á caballo, añadió un jurado.

—Decidme que lugar debe ocupar mi gente, que en este momento espera en San Miguel de los Reyes, preguntó el desconocido.

—Formareis la vanguardia, dijo el duque.

Un sordo murmullo de impaciencia volvió á oírse en la plaza y el duque mandó un jurado para que tranquilizase á la plebe haciendo poner sobre las armas á los soldados.

«¡Ah! exclamó el desconocido, la guerra pone en descubierto todas las pasiones y en estos tiempos todos desean ser los primeros en lanzarse á la pelea. El caballero empuña la espada de sus antepasados para añadir un blason mas al escudo de sus armas. La juventud acude al campo de batalla por hacerse digna del cariño de una dama. El avaro se arma para saciar su sed de oro, y el ciudadano al defender su familia y su hogar llega á convertirse en un héroe. Otros acuden á la guerra para recrearse en sus escenas de muerte y desolación.»

—¿Y á vos, qué os conduce á ella? preguntó un jurado.

—Mi amor á la patria y mi odio á un hombre, contestó el desconocido.

El duque, despues de dar las últimas órdenes al jurado, se dirigió al incógnito y le dijo:

«Caballero, podeis marchar á prevenir vuestra gente.»

Este se inclinó ligeramente ante el duque, saludó á lós jurados, y desapareció por la puerta por donde habia entrado. Cuando llegó á los patios los encontró llenos de gente del pueblo que habia penetrado en ellos para ver de cerca á los nobles gefes de la expedición, cuyos caballos sujetaban sus escuderos.

Siempre lo misterioso fue del agrado del pueblo; en aquella ocasion la multitud demostró el respeto con que miraba al incógnito, replegándose sobre sí misma para abrirle paso.

El soldado á quien habia entregado su caballo, le salió al encuentro con él, y el desconocido vió como las gentes se apartaban para dejarle espacio que le permitiera montar cómodamente.

Cuando el misterioso caballero hubo salido de los patios de la casa del consejo, volvió la plebe á removerse, y volvieron á oirse gritos de impaciencia, pero estos gritos fueron ahogados por el toque de trompetas y clarines, y por el redoblar de los atambores. Pusieronse los oficiales en sus respectivos puestos, y un silencio respetuoso fué el resultado de todo.

El duque habia hecho la señal de partida, y el ejército esperaba segunda orden para ponerse en marcha.

Los que estaban en los patios del consejo vieron bajar por la ancha escalera de piedra á los apuestos caballeros que debian ponerse al frente de las columnas de infantería y de caballería, y á los que debian formar la escolta del gefe de la expedición.

El duque de Segorbe bajó mezclado con ellos, y su escudero acercó al pié de la escalera el magnífico caballo que el ilustre general debia montar. Los demas caballeros montaron en los suyos respectivos y se pusieron en marcha.

Jamás las calles de Valencia presentaron un cuadro parecido al que formaban aquellas dobles filas de soldados que contenian las oleadas de la plebe que se arremolinaba para ver pasar al duque y á su lucida escolta. Igual animacion y movimiento se notaba en los balcones y ventanas, y hasta los terrados y tejados se veian coronados por numerosos espectadores que saludaban al duque agitando pañuelos y sombreros. Los semblantes de los que partian en busca del enemigo, lo mismo que los de aquellos que quedaban en la ciudad para defenderla, en el caso de verla cercada, revelaban la mas completa alegría, y hasta las damas que desde los balcones trócan miradas de despedida con los que formaban la escolta del duque, parecian haber olvidado, en sus momentos de febril animacion, los riesgos que aquellos guerreros iban á correr, y los que ellas mismas podrian experimentar dentro de la ciudad. Pa-

recia imposible que en tan pocas horas hubiese podido todo un pueblo cambiar de aspecto, y que en aquella transición de la paz á la guerra no hubiese pensado nadie en ser vencido ó en verse desalojado de la ciudad como ellos á su vez habían desalojado de su recinto á los ascendientes de los que ahora les amenazaban desde Espadana. Cuando el duque hubo llegado á la plazuela de Serranos, el entusiasmo popular y el de sus mismos soldados no pudo contenerse, y prurupieron todos en entusiastas vivas y aclamaciones. El que era objeto de tales ovaciones saludó al pueblo, y este, complacido de aquel saludo, redobló sus vítores.

Media hora permaneció el duque viendo salir el lucido ejército que formaba sus esperanzas y las de la ciudad. El gobernador D. Gerónimo Cabanilles, que estaba á su lado, exclamó cuando vió salir el último soldado:

«El cielo proteja el ejército que os entrega Valencia.»

—En él confío mas que en la gente que me habeis entregado.

—¿Dudais del éxito de la campaña?

—El éxito de toda campaña es siempre dudoso, mayormente cuando en vez de un ejército hay que combatir á un pueblo.

—El emperador no nos abandonará.

—Si, nos mandará refuerzos cuando hayamos visto perecer á la mitad de esa pobre gente que acabamos de ver salir. El emperador se cuida mas de las cosas que suceden allá por Alemania ó Francia, que de las que nos agobian en España.

—Dios protegerá nuestras armas. No os olvideis de mandar emisarios participando los movimientos de vuestro ejército y los del enemigo, dijo el gobernador.

—Asi lo haré, contestó el duque, y en seguida picó espuela á su caballo; y mirando á los que le rodeaban, entre los cuales se veía al señor de Alcacer, al jóven Fenollet, al jurado Escribau y muchos mas, exclamó:

«En marcha, señores, en marcha. Esta noche hemos de dormir en Tales, aunque revienten nuestros caballos.»

CAPITULO XXVII.

Moros y cristianos.

Al siguiente día el campamento de Zelim-Almanzor ofrecía uno de esos espectáculos que llenan de calor el corazón mas frío, y que infiltran el entusiasmo en las almas mas cobardes. Las compañías mas afamadas por el valor de sus individuos ó por el arrojo de sus gefes, ocupaban los puntos avanzados esperando al enemigo con banderas desplegadas. El resto del ejército, formado en batalla y en disposición de hacer frente al enemigo, descansaba sobre sus armas alrededor de las tiendas, en donde los ancianos, los niños y las mugeres pedían á Dios los librase del furor de los cristianos.

Josuf mandaba la primera línea, y deseaba mas que ninguno vengar la derrota de Almenara. El Tuerto comandaba lo restante del ejército morisco, y el rey se habia reservado el mando particular de la caballería que habia formado cerca de su tienda. Sobre aquel mar de gentes de todas edades, sexos y condiciones que se albergaban en el campamento, único refugio entonces de los musulmanes, se veia ondear el gran estandarte de la media luna custodiado por doce ilustres musulmanes descendientes de jekès y valis que en algun tiempo habian mandado en Valencia, Murcia ó Andalucía.

Zelim-Almanzor se hallaba en su tienda; y deseando sin duda que la serenidad pudiera infundir el ánimo en los pechos mas cobardes, habia mandado descorrer las cortinas para que sus soldados y su pueblo pudieran verle de todas partes. Farax en traje de guerra estaba á su lado, y Ajem perfectamente armado hablaba á algunos oficiales, entre los cuales se veia al valiente Sakfan.

El rey se habia reservado para que formaran su guardia los

veinte individuos que Sakfan habia reclutado en la Arabia, y que como él habian sido cazadores de fieras. Nada mas feroz que el aspecto de aquellos hombres, siempre sedientos de sangre como los tigres y las panteras, á cuyos rugidos mas de una vez se habian despertado en sus pobres cunas. El deseo del botin les habia impulsado á ponerse á las órdenes de Sakfan para venir al reino valenciano, y desde el momento en que habian sabido que el enemigo avanzaba á paso doble hácia el campamento, la impaciencia y el malestar les hacia moverse alrededor de la tienda del rey: del mismo modo los leones se remueven en las abrasadas arenas cuando despues de haber olfateado la presa la buscan para devorarla.

Aquel dia Zelim-Almanzor se habia adornado para recibir al enemigo con prendas de infinito valor. La marlota habia sido reemplazada por una coraza de bruñido acero con molduras y relieves de oro. Una túnica bordada de plata le cubria hasta la rodilla, y una finísima cota de malla elaborada en Damasco marcaba cual si fuera de seda las articulaciones de sus brazos y de sus piernas. Un camarero le habia calzado una espuela de oro, y Ajem habia tenido el honor de colocar sobre su cabeza un turbante con una doble sarta de perlas y turquesas: el alfanje que ceñia valia cien piastras, y el yatagan, cuyo puño de oro cincelado se veia adornado con algunas piedras preciosas, le habia sido regalado por el rey de Argel.

Los pobres moriscos al ver á su caudillo vestido de la manera que hemos descrito, al contemplar aquella figura de continente marcial, al ver en fin aquel hombre digno de la pompa soberana con que se habia rodeado ya, creyeron encontrar, no al descendiente de Zeit, sino á un enviado de Alá; y en las tiendas, y en las colinas, y lo mismo los soldados que la plebe morisca, prurupieron en vivas y aclamaciones. Muchos comenzaron á entonar los cánticos guerreros que habian cantado sus antepasados en las frecuentes luchas con los cristianos; y Zelim-Almanzor, al oír aquellas guerreras armonías, mandó que le trajesen su caballo Jeyel para pasar la última revista á sus soldados antes de entrar en batalla.

Momentos de confusión y de loca alegría fueron aquellos en que todos los que formaban la escolta del rey salieron de su tienda para buscar sus caballos; y en medio de aquella confusión, en medio de aquel ir y venir de soldados y oficiales, un suceso inesperado vino á dar mas animacion al cuadro. Oyéronse trompetas que tocaban paso de ataque, y al mismo tiempo que estos guerreros sonidos hacen latir los corazones de los moriscos, se oyen tambien cien disparos de arcabuz. «¡El enemigo! ¡el enemigo! gritan por todas partes. — ¡A las armas! exclama Zelim-Almanzor con voz de trueno; al mismo tiempo que pone el pié en la dorada estribera de su caballo. Cada cual ocupe su puesto respectivo, añadió el rey acomodándose en su noble Jewel, que caracoleaba dando fuertes resoplidos.»

Los oficiales ocuparon su lugar al frente de sus pelotones, pero en vano intentaban hacer alinear á sus subordinados; el entusiasmo y la alegría les hace tener los ojos fijos en Zelim-Almanzor, cuya pompa les deslumbra.

«¡Viva el rey!

— ¡Viva Zelim-Almanzor!

— ¡Viva el enviado de Alá!

En medio de estos gritos de alegría, en medio de aquella agitacion febril que parecia impulsar á todos á moverse y á hacer ó decir algo, se vió venir hácia el campamento á un hombre casi tendido sobre las clines de su caballo, que corria como un corzo saltando zanjas y pedruscos. Los que alguna vez habeis admirado llenos de pavor el espectáculo de una tempestad, habeis notado que hay en ella algunos momentos de tregua durante los cuales el génio de la destruccion, que parece caminar con las nubes, descansa para volver á la carga con nuevo impulso; del mismo modo, pues, aquella tempestad de alegría, que poco antes parecia conmover todo el campamento morisco, se calmó súbitamente á la vista de aquel hombre que se acercaba á la tienda del rey. Zelim-Almanzor no tardó en reconocerle. Era Jósuf, cuyo

cansancio no le permitia hablar. El sudor bañaba su rostro, y su caballo arrojaba abundante espuma.

«¿Qué sucede? preguntó el rey.

—El enemigo avanza intrépidamente con mucha fuerza, y vengo por gente para reforzar la primera línea, contestó Josuf.»

Esta noticia cundió pronto, como una chispa eléctrica: el rayo no inflama en menos tiempo una vasta comarca. Los moriscos se remueven en sus filas; el rumor vuelve á levantarse por todas partes, y no hay uno que no desee ir á formar entre los soldados de Josuf para ver pronto al enemigo. Los soldados de Sakfan y éste mismo, montado ya en su caballo, contemplan aquellas muestras de entusiasmo que sus almas vulgares no pueden sentir. Sin embargo, con los ojos fijos en su señor esperan solo oír su voz para lanzarse contra los cristianos.

Zelim se complace al ver los deseos que animan á sus soldados; pero temiendo que esto pueda dar lugar al desorden, se endereza sobre su caballo, y esclama:

«Volved á vuestros pelotones. Si el enemigo presenta la batalla, ocasion tendreis de verle.»

Los moriscos obedecieron al momento, y mientras regresaban á sus filas, Zelim-Almanzor avanza con toda la caballería hácia el punto donde se halla formada la gente del Tuerto. Este le sale al encuentro, y enterado de lo que sucede en la primera línea desea ir á su lado; pero el rey le habla de la conveniencia de que permanezca allí, y el caudillo aragonés se queda al frente del ejército despues de haber entregado al rey los mil hombres que le pidió para reforzar la línea que mandaba Josuf.

«Es gente de mi confianza, le dijo el Tuerto; viendo marchar las compañías elegidas.

—Veremos como se portan, contestó el rey poniéndose en marcha hácia la cumbre del montecillo, desde el cual los soldados de Josuf seguian haciendo fuego y resistiendo á los enemigos.»

Cuando Zelim-Almanzor; con sus mil infantes, llegó á la

cumbre del monte en donde le esperaban con ánsia los que formaban la primera línea, el contento y el regocijo les hizo olvidar al enemigo para saludar al rey.

«¡Viva Zelim-Almanzor!» gritaron los de la primera línea, y los cristianos descienden por el monte precipitadamente al verle coronado por aquel numeroso refuerzo.

Josuf se puso al frente de sus soldados, y confiando en la gente que quedaba á retaguardia, persigue á los cristianos hasta la llanura.

Zelim-Almanzor, conociendo la imprudencia de Josuf y de los suyos, que en la embriaguez del triunfo habian llegado casi á dar de bruces con las columnas enemigas, que parecian esperar impasibles el resultado de aquellas escaramuzas, quiere mandar á un trompetero que toque retirada; pero comprendiendo que esto hubiera sido infructuoso porque moriscos y cristianos andaban ya mezclados, desiste de su intento y se dispone á pedir nuevos refuerzos para acudir á auxiliar á los soldados del feroz Josuf.

«Señor, dijo en aquel momento Ajem: el enemigo está acobardado. Mirad, mirad, nada intenta; parece una masa inanimada.»

—Sí, sí; lo mismo pensaba yo. Es preciso aprovechar el entusiasmo de los nuestros, y el pavor de los contrarios. Haced que Sakfan avise al Tuerto que acuda con el resto del ejército.»

Los que se hallaban cerca del rey oyeron sus palabras, y vieron partir como una exhalacion al africano Sakfan á dar la orden que le habia comunicado Ajem.

En aquel mismo instante se oye una palabra que promete causar mas daño en el campo enemigo que el hierro de sus contrarios.

«¡Traicion! ¡traicion!» gritaban algunos cobardes que no pudiendo resistir las repetidas cargas del enemigo intentaban huir suponiendo que estaban vendidos.

Zelim-Almanzor, á fuer de buen capitán, intenta aprovecharse de aquella circunstancia, y desengainando su alfanje

desciende al llano seguido de quinientos infantes; y él, al frente de doscientos caballos, penetra el primero entre los cristianos.

El desorden habia entrado ya en las tropas valencianas, y muchas compañías se declaran en dispersion, sin embargo de que el duque de Segorbe con la espada en la mano corria entre aquella gente despavorida amenazando á unos y animando á otros. El miedo se habia apoderado de todos, y no podian resistir las cargas de la caballería morisca.

A pesar de las ventajas que habian obtenido los soldados de Zelim-Almanzor, la lucha tenia visos de continuar por algun tiempo. Mucha parte de la infantería cristiana habia huido, pero la que quedaba se defendia desesperadamente sin perder un palmo de terreno, y la caballería, merced á los esfuerzos de D. Diego Ladron, gefe de ella, se iba reorganizando para entrar de refresco. En aquella refriega veian todos con asombro la destreza con que el rey de los moriscos manejaba su alfanje. Cada uno de sus golpes derribaba una cabeza. Los pobres cristianos creian tener siempre sobre sí aquel ensangrentado acero que parecia la espada con que la Providencia se complacia en diezmarles para dar la victoria á sus contrarios. Despues de Zelim-Almanzor llamaba la atencion un musulman de pelo éntrecano, que para mejor manejar sus armas y su caballo se habia despojado de su coraza arrojándola lejos de sí. Aquel hombre era Farax, y despues de éste Josuf era el que mas cristianos habia muerto. Los soldados de Sakfan no solo se contentaban con herir, sino que parecian complacerse en acabar con las vidas de los que yacian heridos en el suelo. Zelim-Almanzor parecia el leon que hiere y destroza sin cebarse en la matanza, y los soldados de Sakfan se asemejaban á los chacales del desierto que siguen al rey de los animales para vivir de sus despojos.

Tambien el duque de Segorbe se habia arrancado su coraza, como si de aquella manera hubiera querido abrir paso á la muerte que por todas partes le amenazaba; y montado en su caballo, que apenas podía tenerse de pié, corria de un lado á otro gritando con ronca voz á sus oficiales que castigasen con la

muerte la dispersion. Sus gritos bien llegaban á los oidos de los fugitivos, pero batidos por todas partes desobedecian sus órdenes y seguian huyendo. Don Diego Ladron apeló á un recurso terrible para combatir la dispersion: mandó á su caballería que formase detrás de la infantería que seguia aun resistiendo las frecuentes cargas del enemigo, y encargó á los soldados que acuchillasen á los dispersos, obligándoles á volver á organizarse. El señor de Alcacer que mandaba las compañías que con tanto valor se defendian hacia una hora sin perder la formacion, miraba de vez en cuando hácia un punto, como si por el camino que en él se descubria esperase algun refuerzo. El caballero de Borja, que aunque herido, encontraba fuerzas en su desesperacion para seguir animando á sus subordinados, le dijo al señor de Alcacer.

«Mal hizo el duque en fiar la gente á un desconocido.»
—Si él no acudé, somos perdidos, contestó el señor de Alcacer descansando sobre su espada.»

Dos horas hacia que habian sonado los primeros disparos, y aun la victoria se mostraba indecisa. Los cristianos habian visto huir la mitad de su gente, pero los cuatro mil hombres, sobre poco mas ó menos, que formaban el cuadro que en vano habia tratado de romper Zelim-Almanzor, parecian dispuestos á disputársela aun á los moriscos por algun tiempo, y entre tanto se veian por todas partes soldados que combatian cuerpo á cuerpo, y valientes oficiales que despues de haber descansado algunos momentos sobre sus ensangrentadas armas, se lanzaban con nuevo ardor contra el enemigo.

El sol habia pasado de la mitad de su carrera, el humo y el polvo impedian ver claramente á cierta distancia. La lucha parecia haberse debilitado; unos y otros sentian necesidad de descansar. Durante un breve rato reinó un silencio que permitió oir los ayes de los pobres heridos, y los gritos amenazadores de los caballeros valencianos que se ocupaban en reorganizar los que iban acudiendo repuestos de su miedo. En esta empresa pudo D. Diego Ladron desplegar toda su actividad y pericia militar, y aun al ver los pelotones que iban presentán-

dose concibió la esperanza de poder resistir á los moriscos. Veíanse al lado del vizconde de Chelva á los nobles D. Felix de Montalvo y D. Juan de Montoliu, que animados de los mismos deseos que él, alentaban á los pobres dispersos haciéndoles confiar en el auxilio de la columna de vanguardia que no debía, según ellos, tardar en llegar; y les ponían por ejemplo el valor de los que hacia dos horas estaban sufriendo las cargas de la caballería morisca. Los nobles segundones, á quienes vimos el día antes en Valencia esperar impacientes el momento de salir á campaña, se habían portado admirablemente en la pasada refriega, y muchos de ellos habían muerto gloriosamente después de haber mandado mas de una alma musulmana á los cielos del Alcorán; pero todavía quedaba de pié para honor de las armas valencianas el denodado Pertusa, los hermanos Perellos, el invencible Montoro, y otros muchos que después de la escaramuza pasada descansaban tomando aliento sobre sus caballos.

Zelim-Almanzor veía hacer aquellos nuevos aprestos: veía organizarse de entre sus propias ruinas el ejército cristiano, y permanecía tranquilo montado sobre su noble Jewel, que á pesar de la fatiga de aquel día, se impacientaba al verse obligado á estar quieto. La sonrisa del triunfo brillaba en los labios del rey moro, y cualquiera que en aquel momento hubiera acertado á verle, no habria vacilado en creer que se complacia en contemplar cómo se organizaban aquellos centenares de cristianos con la esperanza de verles pronto atados al carro de su triunfo.

Sus capitanes no pensaban como él; Farax sobre todo se impacientaba al ver que el rey no impedía el que las tropas valencianas volvieran á poder presentarles la batalla. Josuf á pesar de su cansancio y de una herida que habia recibido en el brazo, pensaba como Farax, que debían atacar de nuevo al enemigo; pero Zelim-Almanzor hizo comprender á sus oficiales que debían esperar algun tiempo hasta saber qué sucedía en el campamento.

Así logró el rey tranquilizar á su gente; pero nosotros á fuer

de fieles narradores, debemos manifestar que no eran estos los motivos que le obligaban á estar en inaccion en aquellos momentos. Zelim-Almanzor habia cubierto el campo de cadáveres, y no contaba con un solo prisionero. Zelim-Almanzor amaba el fausto como buen hijo del oriente; amaba además á una muger de la manera vehemente que sabe el lector, y el deseo de poder presentar al objeto de su amor cien esclavos de ilustre alcurnia, dominó su pensamiento y le obligó á esperar un momento favorable para caer sobre el enemigo como una exhalacion, atolondrarle con la sorpresa de sus evoluciones, y obligarle á entregar sus armas.

Mientras esto pensaba el rey moro, en el campo cristiano fue tal la actividad que se desplegó, y tan influyente el espíritu de animacion que volvió á reinar, que se habia logrado poner en disposicion de hacer frente á los moriscos á mas de mil de los que poco antes huian dispersos.

El duque de Segorbe tributó elogios al vizconde de Chelva, y el mismo prometió á los valencianos morir antes que permitir una segunda dispersion.

En la primera líneas se colocaron los mas jóvenes y robustos, y les dijo el vizconde de Chelva, que de ellos esperaba el buen resultado de la batalla. Lo mismo dijo á los que formaban en segunda línea, pero nunca mejor que en aquella ocasion podia dispensarse el tributar tanto elogio á gente que habia sido tan cobarde. La caballería, que era la que menos habia sufrido, debia esperar una ocasion favorable para lanzarse á la carga. El canciller Frigola dejaba ver entre aquellos cien caballos su cabeza encanecida, y su robusto brazo sostenia el estandarte valenciano coronado con el glorioso murciélago. El duque debia mandar esta gente, y D. Diego Ladron por su parte se habia reservado el mando de cincuenta hombres de á caballo, entre los cuales se veian los Montoliu, los Pertusa, los Montoro, los Montalvo y otros muchos que ardian en deseo de seguir á sus compañeros en la senda del honor que en tan memorable dia habia sido el camino de la muerte. El señor de Alcacer y el caballero de Borja seguian dando miedo á los moriscos con

su imperturbable serenidad, y con la buena disciplina de sus soldados.

Durante algunos minutos ambos ejércitos se contemplaron, y cualquiera hubiera dicho que los moriscos despues de haberse enfiado con el descanso, temian lanzarse de nuevo á la pelea.

Mientras esto pasaba el rey moro, en el campo cristiano, principiaba la actividad que se desahogó, y tan intravencible el espíritu de animación que se había formado en las tropas de los moriscos á consecuencia de haber estado en la disposición de entrar á entrar sus armas.

Mientras esto pasaba el rey moro, en el campo cristiano, principiaba la actividad que se desahogó, y tan intravencible el espíritu de animación que se había formado en las tropas de los moriscos á consecuencia de haber estado en la disposición de entrar á entrar sus armas.

Mientras esto pasaba el rey moro, en el campo cristiano, principiaba la actividad que se desahogó, y tan intravencible el espíritu de animación que se había formado en las tropas de los moriscos á consecuencia de haber estado en la disposición de entrar á entrar sus armas.

Mientras esto pasaba el rey moro, en el campo cristiano, principiaba la actividad que se desahogó, y tan intravencible el espíritu de animación que se había formado en las tropas de los moriscos á consecuencia de haber estado en la disposición de entrar á entrar sus armas.

Mientras esto pasaba el rey moro, en el campo cristiano, principiaba la actividad que se desahogó, y tan intravencible el espíritu de animación que se había formado en las tropas de los moriscos á consecuencia de haber estado en la disposición de entrar á entrar sus armas.

Mientras esto pasaba el rey moro, en el campo cristiano, principiaba la actividad que se desahogó, y tan intravencible el espíritu de animación que se había formado en las tropas de los moriscos á consecuencia de haber estado en la disposición de entrar á entrar sus armas.

Mientras esto pasaba el rey moro, en el campo cristiano, principiaba la actividad que se desahogó, y tan intravencible el espíritu de animación que se había formado en las tropas de los moriscos á consecuencia de haber estado en la disposición de entrar á entrar sus armas.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

CAPITULO XXVIII.

El conde de Montblanc.

En el momento en que el duque de Segorbe se disponía a destacar una compañía para que comenzara á hostilizar al enemigo, oyó á sus espaldas repetidas salvas de aplausos y vítores.

Una masa de caballería avanzaba hacia el campo cristiano; y la ansiedad hizo que muchos descubriesen al incógnito entre las nubes de polvo que levantaban sus caballos.

«El incógnito! ¡el incógnito!» gritaron los cristianos creyendo que la llegada de este personaje con su gente, que venia de refresco, les daria la victoria.

El duque de Segorbe, deseando ver al desconocido para saber como venia su tropa, picó espuela á su caballo y fue á encontrarle.

«¿Qué ha sido de vuestros soldados?» exclamó el duque palideciendo de espanto al ver que el número de los que seguían al misterioso caballero no llegaba á treinta.

«Hemos sido sorprendidos y derrotados completamente.»

«¡Dios mio!» gritó el duque elevando los ojos al cielo como si ya solo de él esperara auxilio.

«Un miserable, un espía nos ha puesto á merced del enemigo haciéndonos entrar en un estrecho y tortuoso barranco, y cincuenta moriscos que estaban emboscados en una colina inmediata han sido bastantes para acabar con toda la gente que me habiais confiado. Mirad, solo me restan algunos valientes.»

«¡Horrible desgracia!» dijo el duque dejando caer la cabeza en señal del más profundo abatimiento.

«Y aquí ¿cómo os encuentro?» preguntó el incógnito.

—Vencidos también, contestó el duque.

—¡Vencidos!

—La mitad del ejército se ha pronunciado en retirada, la dispersion ha sido casi general: sin embargo, todavía quedan algunos miles de valientes dispuestos á no abandonar el terreno que ocupan; pero sus nobles designios serán infructuosos. Todos confiábamos en vuestra gente, y la noticia de vuestra derrota va á esparcir el pavor en nuestras filas.

—Ocultemos pues lo que ha sucedido. Vos, regresad á ponerlos al frente del ejército, ínterin yo ataco al enemigo con la gente que me sigue. Pocos son los que me quedan, pero cada uno vale por cuatro.»

Esto diciendo, el incógnito picó espuela á su corcel. Sus soldados, que todos eran de á caballo, hicieron lo mismo; y mientras el duque lleno de asombro regresaba á ponerse al frente de la columna reorganizada por D. Diego Ladron, el misterioso caballero cruzó el campo cristiano y se detuvo un minuto en un punto en donde la sangre había hecho resbaladizo el terreno. Mas de una vez, hasta llegar allí, los caballos se habían detenido en su carrera espantados al ver tres ó cuatro cadáveres amontonados sobre otros tantos caballos muertos también; pero aquellos feroces ginetes, clavando sus espuelas en los ijares de los pobres animales hasta sacarles sangre, les obligaron á saltar como corzos por encima de las víctimas.

«Soldados, dijo el desconocido caballero á los suyos antes de lanzarse sobre el enemigo que les contemplaba con asombro al ver su temerario arrojo, si alguno de vosotros tiene la suerte de encontrar á ese príncipe aventurero que se titula rey dé la chusma, tenga presente que el deseo de acabar con él me hizo salir el primero á campaña, y que nadie mas que yo tiene derecho á cruzar su espada con él.»

Aquellos veinte y seis soldados que parecían otros tantos leones, á juzgar por el arrojo con que habían llegado hasta cerca de los moriscos, juraron respetar la vida del caudillo moro para que el incógnito tuviera el placer de combatir con él, y éste en seguida, confiado en la palabra de sus subordinados, se

aseguró en su caballo, y picándole espuela se lanzó contra la infantería morisca gritando:

«¡San Jorge, y á ellos!»

La carga fue tan repentina, tan tremenda, tan inesperada, que el enemigo se conmovió; y Zelim-Almanzor, temiendo que aquel grupo de temerarios pudiera lograr lo que no habia conseguido todo el resto del ejército cristiano, avanzó con su caballo á la primera línea para infundir el ánimo en sus soldados y restablecer el orden en las primeras filas.

Los moriscos conocieron bien pronto lo infundado de su miedo, y restablecido el orden á la mágica voz del rey que estaba ya entre ellos, resistieron sin perder un palmo de terreno la segunda carga que les dió el incógnito; pero al disponerse éste de nuevo á dar la tercera para romper aquella muralla de carne humana que le presentaba el enemigo, vió avanzar un peloton de caballería que amenazaba acabar con él y con su gente.

Nada mas terrible, mas horroroso, ni mas desesperado que la lucha que se trabó entre los soldados cristianos y los que acababan de atacarles capitaneados por Farax y por el mismo Zelim-Almanzor. Habian aquellos, á la vista de la caballería que avanzaba en contra de ellos, retirádose hácia el campo cristiano, y la accion se empeñó en medio de los dos ejércitos. Durante algunos minutos, los cristianos se batieron denodadamente, y parecia, al ver la inmovilidad de los dos ejércitos, que ambos habian convenido de antemano en presenciar la lucha de aquellos valientes que se batian cuerpo á cuerpo, y cuyos aceros no brillaban ya á los rayos del sol porque la sangre los habia empañado en su mayor parte. Entre los moriscos, Farax hacia prodigios de valor, y cada una de sus estocadas abria un pecho, mientras que Zelim-Almanzor se defendia á la vez contra cuatro, cuyas espadas serpenteaban sobre su cabeza, sobre su pecho y ante sus ojos, y de las cuales se libraba con admirable destreza.

«Apartad, apartad, exclamó el incógnito presentándose en medio de aquellos cuatro soldados que parecian haberse em-

peñado en cansar á Zelim-Almanzor; dejadme solo con este contrario. Uno de los dos es preciso que sucumba, y por mi parte ardo en deseos de cruzar mi espada con él.

—Señor, se atrevió á decir uno de los soldados, estais herido; vuestra manopla destila sangre.

—No importa, exclamó el incógnito. Que corra abundante si sus vapores nos han de dar la victoria. En guardia, añadió luego poniendo su caballo enfrente del de su contrario, y blandiendo la espada como el que arde en deseos de dar ó recibir pronto una estocada.

Zelim-Almanzor era supersticioso como buen oriental; y la presencia de aquel nuevo combatiente le causó un ligero pavor; pero repuesto de su primera impresion, debia suceder, como sucedió en efecto, que la lucha entre tan hábiles y valientes guerreros debia ser terrible, y duradera.

«¡Atrás! gritó Zelim á uno de sus oficiales, que temiendo por la vida de su rey, amenazó con su sable á la del incógnito acercándose á él por la espalda. Guárdate de herirle: es un valiente, y no permitiré que muera de una manera tan vil y traidora.»

El oficial morisco retrocedió.

Zelim-Almanzor y el desconocido pusieron en juego sus aceros, que despedian centellas. El combate cesó alrededor de los dos contrarios, y todos parecian disponerse á contemplar aquel desafio que debia dar un sangriento resultado. Cesó el fragor de aquella horrible contienda, y no volvió á oirse el paloteo de las lanzas; los gritos de los soldados se fueron amortiguando, y los ojos de todos se fijaron en aquel combate parcial.

Confiado Zelim-Almanzor en su destreza, descargaba contra el caballero cristiano golpes admirables que hacian temer á los que presenciaban el combate por la vida del incógnito; pero este los evitaba con admirable maestría. Gritos de júbilo resonaban en las filas cristianas cada vez que Zelim-Almanzor veía evitadas sus certeras cuchilladas.; pero á los diez minutos el cansancio y la pérdida de sangre hacen que el cristiano sienta

debilitarse sus fuerzas hasta un extremo que apenas puede ya mover el brazo. Los objetos comienzan á oscurecerse ante su vista, y era indudable que en tal estado el combate habia llegado á ser desigual, pues Zelim-Almanzor, aunque cansado se hallaba en disposicion de seguir manejando su alfanje, mientras que el incógnito apenas podia con el peso de su espada.

«Cristiano,» exclamó el rey moro, «estás herido, y mi conciencia me impide seguir combatiendo.»

—Sí... contestó el incógnito, á cuya frente pareció subir una nube de fuego cuyas chispas brillaron en sus ojos al través de su celada; sí, herido estoy, pero Dios me dará fuerzas para acabar contigo.»

Esto diciendo, acometió á su enemigo con nuevo encarnizamiento.

Zelim-Almanzor arrojó su alfanje.

«Mátame si quieres,» dijo el rey de los moriscos al mismo tiempo que su noble accion era aplaudida por los dos ejércitos.

—¡Oh! murmuró el incógnito, ¡siempre ha de ser grande!

—En otra ocasion nos volveremos á encontrar, añadió Zelim-Almanzor.

—¿En dónde? preguntó el incógnito cuya sangre habia ya manchado el puño de su espada, y destilaba gota á gota por su manopla.

—En el campo de batalla. Tu odio á mi persona, hará que me descubras entre mis soldados, del mismo modo que yo procuraré buscarte entre los tuyos.»

El incógnito no pudo oir estas últimas palabras. Debilitado por la falta de sangre y por el cansancio, y fuertemente impresionado despues por lo que acababa de suceder, sintió que los objetos se perdian á su vista; dióle un vuelco el corazon, y cayó sobre las clines de su caballo, el cual espantándose á tan inesperado golpe dió un salto y arrojó al jinete de la silla.

En aquel mismo momento, y en ocasion en que el rey moro se disponia á auxiliar á su contrario, un oficial fué á decirle que la caballería cristiana acababa de dar una carga, la cual habia puesto en desórden dos compañías.

El rey volvió los ojos y vió confirmado lo que acababan de decirle; pero antes de partir al lugar en donde su presencia y su voz podria reanimar á los vencidos, quiso que dos de sus soldados hiciesen lo que él mismo se disponia á hacer, y les mandó que acomodasen al caballero cristiano en una parihuela y lo trasladasen al campo enemigo.

Al levantar al desgraciado que yacia exánime sobre un charco de su propia sangre, los moriscos le quitaron el casco para que el aire le reanimase; y el rey moro, que en aquel momento volvió la vista para ver como cumplian sus subordinados la órden que acababa de dar, exclamó causando no poco asombro al oficial que cabalgaba á su lado.

«¡Desgraciado! ¡es el conde de Montblanc!»

Pero el desórden en que vió á sus compañías no le permitió cuidarse mas de la suerte de su enemigo.

La presencia de Zelim-Almanzor en el lugar donde habia de nuevo y con doble ardor comenzado la pelea ventajosamente para los cristianos, que hasta entonces habian estado descansando sobre las armas, reanimó á los moriscos. Los gritos del rey conmueven á las compañías que habian retrogrado, y muchos de sus individuos, avergonzados de haber perdido algunas varas de terreno, trataron de recobrarlas á costa de su sangre; pero la caballería cristiana, á cuyo frente se ven á los denodados Ladron y Fenollet, se defiende admirablemente haciendo morder la tierra á los mas arrojados.

Esta vez la pelea manifestaba ser mas sangrienta, porque moriscos y cristianos se baten y luchan con desesperacion. La figura de Zelim-Almanzor se vé en todas partes, ora animando á sus soldados, ora repartiendo formidables cuchilladas. Josuf acababa de caer gravemente herido, y sus subordinados al verlo pasar por el lado de ellos casi moribundo se intimidan y retroceden, pero en cambio Farax con su alfanje enrojecido hasta el puño grita á los moriscos.

«Es preciso morir antes que retroceder;» y para sostener el entusiasmo en las filas, dice que el Tuerto no debe tardar en llegar con todo el resto del ejército.

En este estado la batalla, y cuando el señor de Alcacer, impulsado por el duque de Segorbe, había puesto en movimiento toda su infantería para atacar á la de los moriscos, que seguía á la expectativa formada en cuadro, se vió venir el resto del ejército enemigo mandado por el Tuerto. Los cristianos no habían contado con este refuerzo que amenaza acabar con ellos, y el nombre del gefe que lo mandaba, pronunciado por los moriscos con alegría, obligó al señor de Alcacer á replegar su fuerza, desistiendo del ataque. El mismo duque de Segorbe palideció al pensar en la suerte de sus tropas, y Don Diego Ladron, después de lanzar un horrible juramento, mandó tocar retirada; pero sus soldados, en vez de obedecer, se lanzan con furor contra el enemigo, y sordos á los gritos que el vizconde y Fenollet daban para obligarles á salir de la refriega, contestan ellos con loco furor. «A morir! Afuera esas trómpetas! San Jorge y á ellos!» y fue tal la ceguèdad con que aquellos valencianos obraron, que hubo muchos que sin armas ya para atacar se lanzaron contra los moriscos, y apoderándose de ellos por la cintura los derribaron de sus caballos y lucharon en tierra á brazo partido; otros, no queriendo ser muertos por sus contrarios, se atravesaron sus nobles pechos con las espadas. Exánimes estaban ya los esforzados Montolin y Montavo con otros caballeros, y el último que rodó por el suelo casi reventado por la fatiga fue el intrépido Perello, cuyo hermano yacia muerto ya. Un morisco se acercó al noble valenciano, y apoderándose de sus negros cabellos con una mano, cortó con la otra su cabeza. El duque de Segorbe entre tanto se golpeaba la frente al contemplar la horrible matanza, y al ver que el ejército del Tuerto avanzaba hácia ellos á paso doble. En su desesperacion proyectó hacer frente al enemigo con el funesto designio de dejarse matar para no presenciar su derrota; pero sus oficiales, entre ellos el mismo vizconde de Chelva, el señor de Alcacer, y el cañiller Frigola, le advirtieron la necesidad en que estaba de salvar el resto de su ejército acordando una retirada pronta y repentina.

El duque, no sabiendo que hacer, deja obrar al señor de Alcacer, el cual dispone inmediatamente que los caballos que restan hagan frente al enemigo, y entre tanto hace mover las compañías y las obliga tomar posiciones en un monte inmediato; y cuando el ejército del Tuerto llegó á reunirse con el que habia en la llanura, el señor de Alcacer, despojándose del casco para limpiarse el sudor, exclamaba mirando al duque, que parecia contar la gente que como él habia podido librarse del hierro enemigo.

«Señor, nos hemos salvado.»
 «Decid mas bien que vos nos habeis salvado á todos, contestó el duque de Segorbe.»

Los moriscos quedaron dueños del campo, y sus gritos de alegría ahogaron los ayes lastimeros de los pobres heridos que no habian podido seguir al ejército cristiano en su rápida retirada. Los feroces soldados de Sakfan con cuchillo en mano los iban buscando y acababan con aquellos desgraciados para arrebatarles su ropa si les parecia buena, y su dinero si por ventura lo llevaban.

El conde de Montblanc, conducido al campo cristiano de la manera que ya hemos dicho, entreabrió sus ojos en la altura en donde se habia detenido los restos del ejército valenciano, y al ver los pálidos semblantes del duque de Segorbe, del señor de Alcacer, del vizconde de Chelva, y de otros muchos caballeros que rodeaban su parihuela, lanzó un hondo y doloroso gemido, y volvió á cerrarlos como si no hubiera tenido valor para presenciar tanta desgracia.

«Helo ahí, dijo el señor de Alcacer, no era bastante sin duda que el rey de la canalla le hubiese arrebatado á su noble hermana; la fatalidad reservaba á este desgraciado un golpe más amargo, y lo acaba de recibir hoy viéndose vencido por su mortal enemigo, y obligado á recibir sus favores.»

El Tuerto entre tanto, ansioso de teñir también su alfange en sangre enemiga, pretendia avanzar á desalojar á los cristianos de las posiciones que habian tomado, pero la proximidad de la noche le impide poder realizar sus designios.

El sol acababa de hundirse en Occidente, y las tropas valencianas iban retirándose en buen orden favorecidas por las compañías que habian obedecido al señor de Alcacer, las cuales despues de haber resistido heróicamente á los moriscos en la batalla, auxiliaban la retirada de sus pobres compañeros de armas.

Zelim-Almanzor mandó recoger los heridos, entre los cuales se contaba el valiente Josuf, y deseoso de descansar y de que sus soldados pudieran hacer lo mismo, se puso en marcha para su campamento, previniendo á sus oficiales que no molestasen á los moriscos obligándoles á guardar silencio; y que los permitiesen caminar á sus anchas. Los capitanes formaron los restos de sus compañías, pasaron lista, y tomaron nota de las bajas que habian sufrido. El duque sumó las partidas, y aquella suma horrible heló la sangre en sus venas. Le faltaban ochocientos hombres. Zelim-Almanzor hizo lo mismo en su campamento, y los laureles de la victoria hicieron mas llevadera su pérdida: doscientos moriscos habia quedado en el campo de batalla.

Las cosas de media noche cuando los ginetes cruzaban las campasas serbas que componian á la cava del Lobo. A aquellos caminantes nocturnos guardaban el mas profundo silencio. El factor habia tal vez pensado que alguno de ellos podria ser Zelim-Almanzor, y en efecto era él. En otras ocasiones hemos dado á conocer á este personaje con minuciosos detalles, pero el lector que se abusa en que un retrato sea perfectamente parecido, y esto nos evita ahora hacer de él un nuevo por-

CAPITULO XXIX.

La noche no podía ser mas hermosa. Era una verdadera noche de primavera, tranquila y apacible. Ninguna nube se descubria en el ancho firmamento; y millares de estrellas brillaban en la inmensa bóveda celeste en donde la luna se destacaba como una reina. Su tibia y melancólica claridad era mas á propósito para alumbrar escenas de amor, que no para prestar su luz á aquellos campos cubiertos de cadáveres, y humedecidos con la sangre de tantos denodados caballeros. Hubiera sido aquella una de esas noches que convidan á la meditacion, y en que el alma menos poética se siente inspirada, si á lo lejos no se hubieran descubierto los puntos luminosos que indicaban, no las hogueras de los pobres pastores, sino las fogatas de las avanzadas del ejército de Zelim-Almanzor. Oíanse los relinchos de los caballos, cuyos ginetes habian perecido, que andaban por aquellos valles olfateando en vano el pesebre, y los ayes de algunos pobres heridos, que veian la muerte cercana, hubieran acabado de oprimir el corazon mas fuerté, trayendo á la memoria la horrible matanza del dia que habia precedido á aquella noche en que todo parecia sonreir para escarnio del ejército vencido.

Era cerca de media noche, cuando dos ginetes cruzaban las escabrosas sendas que conducian á la cueva del Lobo. Aquellos caminantes nocturnos guardaban el mas profundo silencio. El lector habrá tal vez pensado que alguno de ellos podria ser Zelim-Almanzor, y en efecto era él. En otras ocasiones hemos dado á conocer á este personaje con minuciosos detalles, como el pintor que se afana en que un retrato sea perfectamente parecido, y esto nos evita ahora hacer de él un nuevo bos-

quejo; por otra parte, si hemos de decir verdad, iba tan cuidadosamente oculto debajo de su alquicel, precaucion que habia tomado para salir del campamento sin ser conocido, que nos hubiera sido difícil, no solo ver su traje, sino que ni aun descubrir su semblante. No sucedia lo mismo con el que á guisa de escudero le seguia cabalgando en un buen caballo á una respetuosa distancia. Una negra y puntiaguda barba, un turbante caido sobre la oreja izquierda, un calzon rojo y holgado, y una coraza de bruñido acero daban al individuo en cuestion un aire tan pronunciado de perdonavidas, que, hubiera espantado, estamos seguros, á una partida de bandoleros, si posible hubiera sido que en aquellas circunstancias gentes de esta calaña se hubieran atrevido á acechar al caminante en aquellos sombríos barrancos; pero por si algo pudiera haberles acontecido, el escudero del rey moro no habia andado escaso en proveerse de armas: pendian de su cinturón de cuero un soberbio alfanje sostenido por dos cordones, y dos disformes cuchillos; y cómo si todo esto no fuera bastante, se habia armado con un arcabuz, cuya culata descansaba sobre su muslo, como si esperara una señal de su señor para hacer fuego. Este personaje semi-imponente, semi-estrambótico, era Sakfan. Zelim-Almanzor que tenia pruebas de su valor, de su fidelidad, y sobre todo de su secretividad, como diria al presente un frenólogo, lo habia elegido para que le acompañara á la cueva del Lobo, seguro de que nadie sabria el objeto de su misteriosa excursion.

Sakfan, sin embargo de que era suficientemente estúpido, como hubiera tenido ocasion de notar Gall examinando su aplastada cabeza, si posible hubiera sido que el sábio doctor hubiera vivido en la época en que vivió aquel pobre diablo de africano, no pudo menos de pensar algo al notar el silencio profundo que guardaba el rey; y recordando luego que al decirle en su tienda de campaña que sacara fuera del campamento los caballos, se lo habia dicho con todas las señales que indican que un hombre está agitado, pasó algunos minutos con la cabeza caida sobre el pecho y las manos sobre las cines del caballo pensando en qué causa podria haber hecho abandonar

el campamento á Zelim-Almanzor, cuando todo en él era regocijo y alegría; y sobre todo, por que en vez de tomar el camino de la casa del Renegado, habia puesto su caballo en el que conducia á la funesta cueva del Lobo; y mientras el escudero pensaba esto, el rey seguia avanzando con toda la celeridad que le permitian el camino y sus distracciones, porque tambien él de vez en cuando dejaba caer su cabeza sobre el pecho, y parecia engolfarse en graves meditaciones; y entonces el caballo caminaba á paso sosegado.

El cuadro que se presentaba á la vista de los nocturnos viajeros no podia ser mas imponente ni mas pintoresco: hermoso era el paisaje en aquellas montañas cuando el sol las presentaba sus torrentes de luz; pero no se desplegaba á la vista melancántico en aquellos momentos en que se veia suavemente alumbrado por los dulces y melancólicos rayos de la luna. Todo se mecia tranquilo. La brisa murmuraba sorda y agradablemente deslizándose por entre los elevados pinos; y otra alma menos preocupada que la de Zelim-Almanzor ó mas poética que la de Sakfan, no hubiera podido menos de llenarse de profundo respeto al contemplar aquellas soledades en donde la naturaleza se presentaba magestuosa y sublime ofreciendo á cada paso barrancos sombríos en cuyas profundidades se descubrian murmurantes arroyuelos y valles alegres sembrados de trigos y avenas que interrumpian la monotonía del paisaje; y en los cuales la mano del hombre habia levantado algunas miserables casuchas.

Zelim-Almanzor avanzaba hácia la cueva del Lobo sin cuidarse, al parecer, del panorama que se estendia á su alrededor. Sakfan por su parte no pensaba tampoco en otra cosa que en llegar pronto al punto adonde se dirigian, y como los caballos que montaban el señor y el escudero eran buenos; y como el camino fue mejor cuando bajaron á la llanura que se estendia frente á la mencionada cueva; resultó que no tardaron mucho en llegar á un punto desde el cual les fue fácil descubrir á un hombre que á guisa de centinela parecia guardarla.

— ¿Qué pensais de aquel hombre? preguntó Sakfan creyendo

si habria llegado la ocasion de aliviar á su arcabuz del plomo con que iba cargado.

—Será el criado de la persona que me espera, contestó Zelim-Almanzor; y en seguida, añadió viendo que su escudero se disponia á seguirle hasta la cueva: tú, espérame aquí.

—¿Cómo? ¿vais á ir solo? preguntó el africano sorprendido por la advertencia del rey.

—Sí, solo.

—Pensad, señor, que quedo muy lejos.

—Nada ocurrirá, dijo Zelim-Almanzor; y al mismo tiempo picó espuela á su caballo Jewel, el cual en muy pocos minutos le condujo á la cueva del Lobo.

El hombre de quien hemos dicho, antes que se paseaba tranquilamente á la entrada de ella, se quedó inmóvil cuando vió llegar al rey moro.

Aquel hombre era Azam; su señora esperaba en el interior de la cueva.

Zelim-Almanzor se apeó del caballo, y despues de haberlo atado al tronco de un árbol que se levantaba cerca de él, notó, al dar el primer paso para entrar en la cueva, que una luz habia comenzado á brillar en su interior. Sus rayos le permitieron ver el rostro de Azam, en el cual reconoció bien pronto al emisario que hacia dos dias habia puesto en sus manos la carta que le habia hecho ir allí. El rey le miró sin decirle nada, y el criado por su parte, sin atreverse á desplegar los lábios, se contentó con hacer ante el recién llegado una de esas profundas reverencias que parecen ser hijas naturales del despotismo oriental.

Cuando Azam levantó la cabeza, el rey habia penetrado ya en la cueva del Lobo. Entonces el fiel criado elevó sus ojos al cielo, y con el acento de la mas profunda y verdadera emoción, exclamó:

«¡Dios mio! ¡haced que sus almas vuelvan á unirse con los lazos del amor!»

Entre tanto Zelim-Almanzor habia llegado á un punto en donde la cueva se ensanchaba formando una especie de pla-

zuela. En el centro habia un pedrusco y sobre él ardía la linterna cuya luz le habia permitido llegar hasta allí. Un sudor frío bañó la frente del rey moro al descubrir en la sombra los contornos de la muger misteriosa que le habia estado esperando sentada en una tosca piedra. En otra ocasión Zelim-Almanzor hubiera recordado que hacia pocas noches en aquel mismo sitio habia recibido una completa ovacion de parte de los que en aquel momento celebraban el triunfo en su campamento; pero entonces nada vió, fuera de aquella muger, y nada se le ocurrió que no tuviera parte con ella.

Hubo algunos momentos solemnes en que ninguno de aquellos dos personajes desplegó sus labios. Hubiérase dicho que ambos temian hablar como si prevyesen la honda impresion que sus palabras debian producir en sus corazones.

Zelim Almanzor parecia estar confundido bajo el peso de los mas sombríos pensamientos. La dama por su parte despues de un momento de duda se acercó á él, oculta siempre debajo del velo, y el rey creyendo que era ya llegado el momento de romper aquel angustioso silencioso, exclamó: «Ya me teneis aquí... ¿Qué ocurre? Ha... hablad pronto.» Como se comprenderá fácilmente, Zelim-Almanzor habia querido hacerse superior á su preocupacion, mejor dicho á su miedo, hablando de la manera que acababa de hacerlo; pero la dama le lanzó una mirada que heló la sangre en las venas del rey, y ante la cual, preciso será decirlo, tuvo que bajar los ojos. Aquella mirada penetrante como la afilada hoja de un puñal, le recordó á la muger en cuyos ojos habia visto mas de una vez el fuego que parecia brillar en los que en aquel momento tenia delante.

«Veo, exclamó la dama con una calma que hizo estremecer al rey, que no os agrada mucho el ambiente que se respira en esta cueva, sin embargo de que muy gratos recuerdos debian hablaros en su favor.

—¡Oh! ¡es ella! murmuró Zelim-Almanzor en voz baja.

—Comprendo, añadió la dama despues de un momento de silencio, que os será mas agradable pasar las noches en la

casa del Renegado, y en este momento estoy segura que Isabel de Meneses me maldeciría á pesar de su aire de recogimiento, si supiera que yo soy la causa de que su amante no esté á su lado.

—Si nada mas importante teneis que comunicarme, permitid que me retire.

Esto diciendo, el rey dió un paso para huir de allí; pero la voz de la dama gritó con tono solemne.

«¡Deteneos, Zelim-Almanzor!

El rey se detuvo como un magnetizado. Sus miradas, sus mas leves movimientos revelaban su desesperacion, y sin embargo permanecia fijo é inmóvil. Era indudable que la misteriosa muger que tenia delante habia logrado avasallarle, y en aquellos momentos ni tenia valor para huir, ni suficiente serenidad para aparecer tranquilo á sus ojos. Poco despues conoció sin embargo que era preciso salir de una situacion que comenzaba á ser harto embarazosa para los dos, y entonces por uno de esos arranques que acaban de ponernos en ridículo cuando nos hallamos en situaciones analogas ó parecidas á aquella en que estaba el rey de los moriscos, exclamó:

—Sepamos pronto quien sois, muger misteriosa. A la verdad no se como he tenido suficiente paciencia para oiros.

La dama repuso despues de un breve silencio, durante el cual pareció complacerse en el malestar del rey y en su manifiesta turbacion.

«¿Pues qué mi acento no os es conocido, ó es que finjís no haberlo oido nunca? ¿Habeis olvidado lo pasado, ó es que habeis tratado de ahogar vuestros recuerdos? Zelim-Almanzor, á pesar de su nuevo amor, y de la nueva gloria que le rodea, no habrá olvidado del todo á las personas que en Fez le dispensaron su poderosa proteccion, y sobre todo á aquellas á quienes juró no olvidar jamás. Meditad un poco, y os será fácil recordar que en alguna solemne ocasion habeis oido resonar mi acento muy cerca de vos.»

Estas últimas palabras llegaron á oidos del rey como un vago é incomprensible murmullo. La verdad amarga y amena-

zante se presentó á sus ojos: acababa de reconocer á la muger que tenía delante: aquella voz habia ya resonado en efecto en sus oídos, y lo pasado como un fantasma amenazador pareció presentarse ante sus ojos para anublar su vista recordándole un perjurio.

«¡Amina! ¡Amina! murmuró con acento tembloroso sin atreverse á fijar sus ojos en la muger cuyo nombre pronunciaba.

—La misma soy, dijo Amina con tono solemnemente conmovido.

—¡Oh! parece un sueño, añadió el rey, como si se contestase á sí mismo.

—Mucho os ha sorprendido mi presencia.

—Mas de lo que podeis imaginar.

—Sin embargo, bien pudisteis pensar que á mí era á quien debíais encontrar aquí.

—Un presentimiento me hizo creer eso, pero la razón me advertía que era una locura pensar en que vos pudiérais haber abandonado vuestro palacio de Fez. Mi sorpresa es mayor de lo que podeis imaginar, y en este momento me parece un sueño cuanto me está sucediendo.

—Segun eso será preciso creer que tampoco me reconocisteis en los calabozos de la Inquisicion cuando mi mano os abrió sus puertas para daros la libertad.

—¡Insensato de mí! todo lo pensé menos que vos pudiérais haber tenido parte en aquella generosa accion. Os tomé por una pobre morisca que compraba mi libertad, que era la de todo un pueblo, á costa de su virtud; sin embargo de que segun recuerdo, asegurásteis que el oro y nada mas que el oro os habia abierto las sombrías puertas de la Inquisicion.

—Sí, mi oro y mi valor os libraron de la hoguera inquisitorial, dijo Amina.

Zelim-Almanzor era ante todo hombre de corazón, y en aquel momento sintió que el suyo se conmovia de la manera mas profunda. Hubiera querido echarse á los pies de aquella generosa muger, á quien tanto sacrificio debia, pero se contuvo al ir á hacerlo, y los colores de la vergüenza tuvieron su

poco que esa cristiana recibe vuestras visitas nocturnas en la casa del Renegado, y que vos, á pesar del consejo de vuestros capitanes, os obstináis en seguir en estas montañas por no abandonar á esa muger. ¡Oh! esto no es extraño; en vuestra familia, Kalender-Zeit siguió el mismo camino que vos, y cuando todos creían verle muy pronto sobre un trono, le vieron por el contrario subir á un cadalso.

— ¡Silencio! No me recordeis esa horrible historia, dijo Zelim-Almanzor fijando en Amina una mirada amenazante.

— Un hombre que viene á conquistar un trono debe tener valor para oír como murió un antecesor suyo que vino cabalmente á este mismo país con igual objeto.

— ¡Amina! murmuró el rey dando un paso hácia la dama y quedándose luego inmóvil y silencioso como si se hubiera atemorizado ante la idea que le había impulsado á moverse.

— Por mas que sufráis no sufrireis como yo. Mi porvenir se ha oscurecido, y fuera de esta cueva nada me espera ya. Aquí se ha roto el único lazo que me unia en el mundo. ¡Oh! no preveía al veros cerca de mí, que la maldición del cielo parecía pesar sobre vuestra raza y que á vuestro lado debían sécarse los afectos mas puros. Sin embargo, mi amor es bien disculpable, porque os ví rodeado de todos los atractivos que nos seducen á las pobres mugeres. Vuestra misma desgracia os recomendaba á mis ojos.

En aquel momento Zelim-Almanzor sintió una conmoción eléctrica, y los ojos se le arrasaron en lágrimas.

«Veo que mi dolor os conmueve, prosiguió la dama acercándose mas al rey, y que en el fondo de vuestro corazón dominan aun los buenos sentimientos para hacerme mas desgraciada de lo que soy. ¿Por qué si sois un ser destinado á hacer mal os ha dado la Providencia un corazón tan noble y tan generoso? ¿Por qué en vez de recibirme con gesto amenazador me mostráis aun vuestras simpatías derramando lágrimas que no os harían derramar los mayores contratiempos? Todo se conjura para que yo sea verdaderamente desgraciada, para que mi vida sea un suplicio continuado, y para que en mi amarga

desesperacion ni aun tenga el derecho de quejarme del hombre que me ha sumido en este infierno.»

Amina cesó de hablar porque los sollozos no le permitian continuar; en tal circunstancia, el rey se apoderó de una de sus manos, que parecia abrasada por la calentura; y en el momento en que vencido por el dolor de aquella muger sus lábios se disponian á pronunciar un perjurio creyendo que en tal ocasion era un deber faltar á la verdad, oyó que Amina esclamaba poseida de la mayor agitacion: «¡Dejadme sola! ¡Marchaos!... Vos no podeis prever todo el efecto que vuestras lágrimas han producido en mi alma... ¡Id y sed felices los dos!... ¡Posea ella en hora buena los tesoros de amorosa ternura que yo insensata habia codiciado!... ¡Id y sed dichosos como si yo no hubiera existido! Figuraos que la losa del sepulcro ha caido sobre esta desgraciada muger. ¡No hay poder humano que me pueda hacer variar de opinion!... ¡Amina no turbará vuestros goces: pero si alguna vez su recuerdo os persigue en ellos, apartad la cabeza á un lado y llorad como lo habeis hecho ahora!...»

Zelim-Almanzor quiso hablar, pero su emocion era tan profunda, que las palabras se estancaron en su garganta. Sin fuerzas para combatir con su destino, y sin energía para sobreponerse á su situacion, fijó los ojos en tierra y guardó silencio.

«¡Desgraciado! ¡cuánto sufre!» murmuró Amina contemplando la dolorosa actitud del rey.

«¡Amina! esclamó Zelim-Almanzor, que pareció recobrar algo de su antiguo valor, al mismo tiempo que estrechaba convulsivamente la mano de su antigua amada; creo, como vos habeis dicho, que hay seres en cuyas manos se secan y agostan las flores mas hermosas; creo en la predestinacion; creo en que yo, lo mismo que mi antecesor Kalender-Zeit, camino derecho á mi perdicion, y que cuanto mas me empeño en combatir ese invariable destino, mayores motivos me impulsan de dia en dia á caer en él. La victoria ha coronado hoy mis primeros esfuerzos; ¡pero qué sucederá mañana! Afortunadamente no habeis desconocido mi corazon, y vos misma, la muger que

debía haberme despreciado como á un ser maldito, sobre cuya frente nada bueno se descubre, habeis sido la primera en com- padecerme. Una pasión funesta ha sofocado en mi pecho, mas de una vez la voz del deber y la de mi propio interés. Olvidado de mis compromisos contraídos como príncipe y como amante, quise hacer frente á esa fatalidad que es la sombra de mi raza; y cuando ya parecía aherrojada á mis pies, la veo que se levanta de nuevo ante mis ojos como un fastama amenazante. Sin embargo, Amina, tendré suficiente valor para combatir aun. El pobre pueblo morisco confía en mí, y no le abandonaré ya: su suerte será la mia, y siempre lo mismo que hoy, me verá el primero en el combate. No olvidaré tampoco los favores que debo á vuestro padre, ni los que me ha dispensado el rey de Argel. Mi pasión habrá podido estraviar mi mente, pero no ha logrado ahogar los sentimientos de mi corazón. Esperad el éxito de la comenzada guerra, y estad segura de que el dia en que el trono de los Zeit vuelva á levantarse radiante del polvo en que ahora yace, os encontrareis en el lugar que os corresponde.»

Nada mas funesto que la sonrisa que asomó á los labios de Amina al oír las últimas palabras de Zelim-Almanzor: este sin embargo parecia haber recobrado la calma al pronunciarlas: el sacrificio estaba hecho por su parte; Isabel de Meneses no se sentaria en el trono, ¿pero qué le importaba á Amina la pompa soberana? Su amante la habia juzgado mal. No era una corona lo que habia codiciado con tanto afán; era un corazón, y el de su amante perteneceria siempre á Isabel de Meneses. Asi lo dió á entender Zelim-Almanzor, y asi lo comprendió Amina. Después de haber oído esto, no quiso saber mas: parecia haber tomado una resolución estrema, y en sus ojos brilló en aquel momento un funesto designio. Zelim-Almanzor nada adivinó; nada preveyó; y en la fatal manera de juzgar á la mujer que tenia delante, llegó á creer que aceptaba el ser reina de un pueblo, ya que no le era posible reinar en su corazón.

«Comprendó vuestras palabras, dijo Amina después de un largo silencio; nada mas deseaba saber.

—¿Estais contenta de mí?

—Mucho.

—¿Dónde nos volveremos á ver?

—Yo os buscaré.

—Pero entre tanto, ¿dónde estareis? ¿qué morada habrá en este pais que sea digna de vos?

—No os cuideis de eso. Básteos saber que estoy bien, y que procuraré estar mejor muy pronto....»

El rey se estremeció al oír estas palabras pronunciadas con un acento nunca oído en labios humanos, pero luego le tranquilizó la misma voz diciendo con tono decidido:

«Podeis marchar, Zelim-Almanzor. Vuestros capitanes os esperarán para recibir vuestras órdenes: la victoria se ha puesto á vuestro lado, y ya no os abandonará.

—¿Lo creéis así?

—Sí, y creo tambien que esa fatalidad de que hablábamos hace poco, es una quimera. Teneis todas las condiciones para ser un gran rey, y lo sereis.

—No es una gran cosa ofrecer un trono á la que ha nacido cerca de él; pero si el ser reina del pais más bello del mundo os halaga, esperad con ansia un dia en que los musulmanes valencianos os saludarán llenos de regocijo.»

Amina se hizo un paso atrás y guardó silencio. Cualquiera hubiera dicho que cansada de fingir daba tregua á su mentida tranquilidad, arrojando un suspiro que parecia salir de lo íntimo del corazon.

Zelim-Almanzor hizo un movimiento, y Amina comprendiendo que deseaba verse fuera, le alargó la mano. El rey la estrechó afectuosamente, y abandonó la cueva del Lobo sin prever que en ella dejaba una muger con un corazon hecho pedazos.

El aire fresco de la noche, que seguia tranquila, removia las hojas de los árboles, y Zelim-Almanzor se detuvo un momento para respirar aquel puro y embalsamado ambiente.

Azam, que habia estado hasta entonces sentado en una piedra que se veía á la entrada de la cueva, se levantó al ver sa-

lir al rey y le saludó de la manera respetuosa que él acostumbraba, formando un arco con su enjuto cuerpo.

Jewel relinchó adivinando sin duda que su amo iba á acercarse á él, y el tiempo que el rey necesitó para llegar al punto en donde lo habia dejado fue el que gastó Azam para entrar en la cueva y llegar al sitio en donde seguia ardiendo la linterna que él habia colocado hacia hora y media; pero ¡cosa extraña! su señora no estaba allí.

Un sudor frio bañó la frente de Azam, y sus piernas parecian negarse á sostener el peso de su cuerpo.

«Dios mio! balbuceó el fiel africano no atreviéndose á gritar ni aun á respirar.

El silencio era imponente, y el aspecto de la cueva le pareció horroroso en aquellos momentos.

Un quejido hondo y lastimero llegó á sus oídos de repente.

Azam se precipitó en el interior de la cueva, y llegó á un punto en donde se detuvo ante una profunda sima.

El quejido habia salido de allí. Azam llamó á su señora, y nadie respondió. Entonces se apoderó de la linterna, se la ató á la cintura, y con grave riesgo de perder la vida bajó al abismo.

La luz alumbró el mutilado cuerpo de Amina.

Azam puso la mano sobre el cadáver de aquella muger, y poniendo al cielo por testigo, juró vengarla.

El año fresco de la noche, que seguia tranquila, removia las hojas de los árboles, y Zelim-Almanzor se detuvo un momento para respirar aquel puro y embalsamado ambiente. Azam, que habia estado hasta entonces sentado en una piedra que se veia á la entrada de la cueva, se levantó al ver en

CAPITULO XXX.

El derviche.

El campamento de Zelim-Almanzor ofrecia al dia siguiente el aspecto mas pintoresco que imaginarse puede. El rey, á instancias de sus consejeros Ajem y Farax, y comprendiendo por su parte lo grato que seria á su gente celebrar de alguna manera el triunfo obtenido sobre los cristianos, habia mandado que hubiese fiestas en el campamento durante tres dias. Farax fué el encargado de desempeñar en ellas las funciones de *emin*, intendente, atendiendo á todos los gastos que se ocurrieran, y Ajem fué nombrado *nacir*, inspector.

Los moriscos se despertaron en tan memorable dia al sonido de los atambores y dulzainas, que comenzaron á sonar cuando lucieron en Oriente los primeros rayos del sol. Durante la noche, merced á la actividad de los directores y operarios, se habia logrado adelantar mucho, pero todavía quedaba algo que hacer, y Farax se ajitaba y se multiplicaba acudiendo á todas partes. Las tiendas en general se veian adornadas de ricas telas y colgaduras de seda, y las moriscas de ojos negros y lábios de coral que se albergaban en ellas se habian vestido como acostumbraban en las grandes solemnidades, adornándose además con brazaletes de oro y sartas de perlas y turquesas de diferentes tamaños. Tambien los ricos moriscos mercaderes ó traficantes ostentaban preciosos turbantes y marlotás recamadas de oro y lentejuelas. Las armas parecían haber desaparecido como por encanto, y los que el dia antes en actitud guerrera acudian á buscar al enemigo se dirigian entonces á gozar de la fiesta entregándose á sus diversiones favoritas.

Llamaba en primer lugar la atencion de todos la tienda que ocupaba Zelim-Almanzor, que en aquel momento descansaba

en su pabellon. Colgaduras de seda de varios colores y guirnaldas de flores la embellecian por todas partes, y del estandarte glorioso que ondeaba en la cúspide, pendian numerosas coronas de laurel con botones de oro. Farax además habia mandado levantar en los cuatro ángulos de la tienda otros tantos magníficos trofeos, formados artísticamente con las corazas, escudos, broqueles, mosquetes, espadas y alabardas que los cristianos habian dejado en el campo de batalla.

Los gastrónomos se recreaban entre tanto contemplando la gran cocina que para aquel dia se habia mandado disponer. Cincuenta cocineros se ocupaban en ella en asar la carne de diez bueyes y de cuarenta carneros. Entre las nubes de humo que exhalaban las numerosas ollas donde iba á cocerse el arroz que debia repartirse al pueblo y al ejército victorioso, los ojos escudriñadores del hambriento espectador descubrian cestas llenas de frutas y tinajas de confitura. Otros admiraban la gran tienda que se habia levantado en el centro del campamento para servir en ella una opípara comida á las personas mas respetables que habian acudido á esperar en él el desenlace de la guerra, y cuyas riquezas habian puesto á disposición de su rey. Suponiendo Farax que la noche les sorprenderia en el banquete, habia mandado colocar en las columnas de aquella tienda, que por su forma prolongada parecia una galería, veinte palos horizontales, que cada uno sostenia otros tantos faroles de colores diversos, que debian alumbrarles como en las horas en que el sol proyecta sus brillantes rayos.

Numerosos espectadores tenian tambien los dos castillejos que se habian levantado en una colina inmediata. En el uno ondeaba la roja bandera de la media luna, y en otro el estandarte de la cruz; éste estaba destinado á ser presa de las llamas; su vecino debia verse coronado por luces de mil colores durante la noche, y además fuegos artificiales brotarian de sus almenas para divertir á la multitud.

El sol entre tanto habia comenzado á recorrer el celeste espacio: ninguna nube se descubria en el horizonte y todo anunciaba que el dia seria tan magnífico como habian deseado los

directores de la fiesta. También la alegría, que es el sol que alumbra el alma, brillaba en los atezados rostros de los moriscos. La esperanza de ser un día señores de los campos que cultivaban como colonos, les había impulsado á tomar las armas; y el triunfo obtenido el día anterior les había hecho comprender que al fin no era tan difícil ver realizada la dicha en que habían soñado, como se había creído en el rincón del hogar doméstico. Todos alimentaban risueñas ilusiones: la idea de ser propietarios en vez de esclavos, les había hecho ya hacer prodigios de valor, y era probable que si la guerra se prolongaba, aquellos pobres labradores acabarían por convertirse en soldados invencibles. ¡Qué ilusiones tan placenteras se resbalaban por las imaginaciones de aquellos laboriosos musulmanes! ¡Con qué gozo se saludaban! ¡Cuán bello brilló para ellos el sol en aquel risueño día! Músicas, atambores, dulzainas, saltimbanquis, derviches y bufones, juegos de todas clases, corridas de caballos, todo les brindaba regocijo y contento, y las tiendas y los pabellones parecía que iban á venirse abajo al estruendo de la fiesta.

Solo la que ocupaba Zelim-Almanzor permanecía cerrada y silenciosa: los soldados y oficiales que la custodiaban no permitían que se gritase cerca de ella, y mas de un dulzainero había sido obligado á guardar silencio al ir á ponerse el instrumento en la boca para inaugurar una danza. Los moriscos miraban la tienda del rey con sobrado respeto para no obedecer, pero sus miradas recelosas parecían preguntar si en efecto era que dormía en ella Zelim-Almanzor, ó que por el contrario se hacía todo aquello para ocultarles que se hallaba en la casa del Renegado.

Los pobres moriscos eran engañados cuando se les decía que el rey dormía. ¡Oh! el sueño estaba muy lejos de poder cerrar sus ojos. Sin embargo, desde que había regresado de la cueva del Lobo nadie le había visto. Se había ocultado en su pabellón y había intentado en vano el dormir.

Ajem y Farax quisieron saber lo que había acontecido al rey al verle volver tan mohino y cabizbajo, pero sus pregun-

tas no obtuvieron ninguna contestacion. Sin embargo, Sakfan les dijo que no habian ido á la casa del Renegado, y esto levantó un torbellino de dudas y de ideas contradictorias en sus cabezas. Durante la noche y despues de haber amanecido, Farax dejó mas de una vez de ocuparse de los preparativos de la fiesta para acercarse á la tienda del rey á saber si dormia aun, y siempre se le habia dicho lo mismo : que seguia durmiendo. A las diez de la mañana Farax quiso saber de una manera cierta si Zelim-Almanzor dormia, ó si algun otro motivo le obligaba á no salir de su pabellón.

«¿Qué vais á hacer?» le dijo Sakfan que se paseaba junto al tapiz que dividia la parte que ocupaba el rey de la en que él estaba.

—Son ya las diez y el pueblo y el ejército desean verle.

—Aguardad.... dijo Sakfan deteniendo á Farax.

—¿Qué sucede?...»

Sakfan se encojió de hombros y pareció conmoverse hasta el extremo de verse rodar una lágrima por sus bronceadas mejillas.

Farax palideció. La lágrima que acababa de ver en el rostro del feroz Sakfan le hizo prever algo de funesto.

«El rey, balbuceó el capitán africano, no duerme.... pero se irritará si os ve entrar.... está desesperado.... se golpea el rostro y la frente y se queja de su destino....»

—Ayer estaba tranquilo antes de la batalla, y la victoria debia hoy hacer brillar la alegría en su frente....»

—Así debia suceder.... dijo Sakfan meneando la cabeza.

—A la verdad no sé qué habrá podido ponerle en ese estado no habiendo sucedido nada en la casa del Renegado. Si fuérais capaz de decirme donde estuvisteis anoche, tal vez adivinara algo.

—Prometí guardar silencio y no revelarán mis labios lo que anoche vieron mis ojos.»

En aquel momento se agitó el tapiz que separaba á nuestros dos interlocutores de la parte que ocupaba Zelim-Almanzor en su tienda, y vieron en seguida aparecer entre los plie-